



Discurso de Recepción al académico don Miguel Donoso Rodríguez
pronunciado por el académico don Fernando Silva Vargas,
en la junta pública celebrada el martes 11 de octubre de 2022.

La Academia Chilena de la Historia me ha dado el honroso encargo de recibir, como nuevo miembro de número de la corporación, al profesor Miguel Donoso Rodríguez. La tradición exige dar a conocer en esta oportunidad los antecedentes de quien, como candidato, pudo completar el muy largo proceso que, en cumplimiento de los estatutos, llevó a cabo nuestra entidad antes de tomar la decisión de incorporarlo a ella. Tras completar sus estudios secundarios en el colegio Tabancura, Miguel Donoso se inclinó por las disciplinas jurídicas. Como a muchos que adoptamos similar decisión y que más mal que bien logramos concluir esos estudios, Miguel Donoso descubrió que su vocación no coincidía precisamente con el manejo de códigos, de leyes y de reglamentos. Sin perjuicio de ello, se licenció en 1997, y dos años después juró como abogado. Un acertado golpe de timón lo llevó a estudiar filología hispánica en la Universidad de Navarra, donde, en 2003, se doctoró en esa disciplina, con mención en literatura del Siglo de Oro. Durante ese periodo sirvió de ayudante en el Departamento de Literatura Hispánica de dicha universidad. A su regreso a nuestro país ingresó el año 2004 como académico de jornada completa a la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se desempeñó también por algún tiempo en la Universidad del Desarrollo. En 2011 dejó la Universidad Católica e ingresó al Centro de Estudios Generales de la Universidad de los Andes. Desde el año 2012 y hasta el 2019 fue director de Estudios del Instituto de Literatura de esa universidad. Y a partir de 2019 es académico investigador del mencionado instituto.

Aunque Miguel Donoso ha impartido numerosos cursos de su especialidad, su vocación auténtica apunta, en verdad, a la investigación. Y de ello son buena prueba los varios proyectos Fondecyt que ha ganado, y las múltiples publicaciones que tiene a su haber. En aras de la brevedad, indicaré que es autor de 20 artículos en revistas indexadas y de 16 capítulos de libros. Me limitaré únicamente a la enumeración de los libros que ha publicado: estudio, edición y notas de *Doctor Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera: Alonso, mozo de muchos amos* (primera y

segunda parte), Madrid-Frankfurt, 2005; estudio, edición y notas de Alonso de Góngora Marmolejo: *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*, Pamplona-Madrid, Frankfurt, 2010; estudio, edición y notas de Francisco Santos, *Periquillo el de las gallineras*, Nueva York, 2013; estudio, edición y notas de Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, Editorial Universitaria e Instituto de Literatura de la Universidad de los Andes, Santiago, 2017; estudio, edición y notas de Diego de Rosales, *Sumario de la Historia general del reino de Chile*, Editorial Universitaria e Instituto de Literatura de la Universidad de los Andes, Santiago 2019. Miguel Donoso lleva casi siete años preparando la edición de la *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano*, de Diego de Rosales, y actualmente trabaja en una edición crítica del poema épico religioso *Escotida, o Vida del doctor sutil Escoto* (1744), del valdiviano fray Gregorio Farías, y en la edición del romance *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho*, obra de la monja carmelita sor Tadea de San Joaquín, en el mundo Tadea García de la Huerta y Rosales, quien narró su experiencia en la crecida del río en junio de 1783.

Permítanme detenerme solo un momento en la edición de la obra de Góngora Marmolejo, que nos ayuda a conocer y a apreciar la entidad del trabajo realizado por nuestro nuevo académico. Se sirvió para la transcripción del manuscrito original, parcialmente autógrafo y firmado por el autor, que es parte de la riquísima Colección Salazar y Castro, custodiada en la Real Academia de la Historia, en Madrid. Concluida esa compleja y larga labor paleográfica, comparó el texto resultante con la única copia manuscrita de la crónica, hecha en 1786 por Juan Bautista Muñoz, que se guarda en la biblioteca del Palacio Real de Madrid. La confrontación de ambos textos le hizo posible determinar la existencia de numerosas erratas y malas lecturas del copista, sin perjuicio de lo cual pudo aclarar algunos pasajes confusos del manuscrito original. En 1852, Pascual de Gayangos publicó la crónica, sirviéndose también del original, para incluirla en la colección *Memorial Histórico Español*. Gayangos, que amplió la crónica agregando como anexos varias cartas de Pedro de Valdivia y algunas relaciones sobre la conquista de Chile, modernizó el texto de acuerdo a los criterios de la época. En 1862, y reimprimiendo el texto de Gayangos, apareció la primera versión chilena de la crónica, como tomo II de la *Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional*, esa vasta empresa iniciada por Juan Pablo Urzúa, el fundador del diario *El Ferrocarril*, en cuyos talleres se imprimió. Como era evidente, el texto repitió los errores de Gayangos, y le agregó variadas modificaciones ortográficas.

En el siglo XX contamos con la edición de la crónica a cargo de Francisco Esteve Barba para la *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada en 1960 como parte del tomo 131, *Crónicas del*

Reino de Chile, de esa extensa colección, iniciada por Bonaventura Carles Aribau y continuada por nuestro bien conocido Manuel Rivadeneyra, notable impresor y propietario que fue durante un par de años de *El Mercurio* de Valparaíso. Una vez más, Gayangos sirvió de base para el texto, con numerosas modificaciones de diversa entidad y con nuevas erratas. En 1990, publicada bajo el sello de Ediciones de la Universidad de Chile apareció la segunda versión chilena de la crónica, a cargo de Alamiro de Ávila, que siguió a Esteve Barba, con el agregado de otras erratas y con la supresión de algunos fragmentos. A la anterior se unió la publicación de 2010 de nuestro nuevo académico, a lo que se sumó otra edición de aquella, aparecida en 2015, bajo el sello de Editorial Universitaria S.A., versión revisada y corregida de la anterior. Ocioso parece añadir que el profesor Donoso se ha encargado de cotejar las ediciones ya nombradas con la propia, lo que le ha permitido determinar las variaciones existentes entre ellas y, por cierto, con el original.

¿Cuál fue el motivo que indujo a Miguel Donoso a emprender esta laboriosísima tarea, y que es el que se repite en sus otros trabajos de esta índole? Como él lo ha explicado, el proceso de transmisión textual ha llevado a que “el texto de la crónica esté cada vez más alejado del original manuscrito del siglo XVI”. Ahora, pues, contamos con una obra que no solo es fundamental para el historiador, sino también para el filólogo. Para quienes tuvimos la poca fortuna de leer esta crónica en la ingrata versión de la *Colección de Historiadores de Chile* — forma, debo confesarlo, de eludir las adocenadas explicaciones dadas en las clases de Derecho—, la nueva versión del profesor Donoso ha sido, en verdad, un auténtico y gozoso descubrimiento.

Conviene agregar una última observación sobre este libro. El estudio preliminar que lo encabeza aporta nuevos antecedentes sobre Góngora Marmolejo y su familia, de especial relevancia en la andaluza ciudad de Carmona, y sobre la trayectoria del soldado cronista en Chile. De gran interés es el estudio sobre la obra misma, sobre su propósito y sobre el modelo clásico de los *retratos* o *semblanzas* de que se sirvió el autor al describir a los gobernadores que conoció y trató. Muy en el estilo de Fernán Pérez de Guzmán o de Fernando del Pulgar, nos da, en breves y precisas pinceladas, los retratos físicos y morales de Valdivia, de los Villagra, de Mendoza, de Quiroga y de Bravo de Saravia, muy deprimente este último.

Criterios similares de rigor se advierten en la publicación de la crónica de González de Nájera y en el *Sumario de la Historia general del reino de Chile* de Rosales. De esta manera, el profesor Donoso nos está dando una verdadera lección sobre los principios que se deben respetar en la transcripción y anotación de obras que constituyen fuentes indispensables para el cabal conocimiento de nuestro pasado y de la evolución del castellano. Así, el especialista o el simple

interesado puede contar hoy con un material que, trabajado de acuerdo a las más modernas pautas científicas, da plena seguridad acerca de su contenido. Aunque puede resultar un tanto odiosa la comparación, no cabe sino lamentar que criterios como los utilizados por nuestro nuevo académico no hayan presidido la publicación de otras crónicas, como la tan desafortunada versión que a cargo del destacado americanista Irving Leonard se hizo de la de Jerónimo de Vivar. Antes de que se publicaran otras transcripciones de esta crónica, solo era posible utilizar la de Leonard; como estaba impresa en un libro de gran formato y se acompañaba cada página de la transcripción con una reproducción fotográfica de la correspondiente del original, resultaba más segura, aunque no tan cómoda, la lectura en esta que en aquella.

Una pregunta que muchos se podrían hacer se refiere a la especialidad del profesor Donoso. ¿Por qué la Academia Chilena de la Historia ha acordado llevar a un filólogo a su seno? Cuando se abrió la vacante dejada por nuestro recordado colega Juan Guillermo Muñoz, el presidente de la corporación puso especial énfasis en la necesidad de traer a ella a personas que, sin ser historiadores profesionales, hubieran hecho aportes significativos a la disciplina desde otras áreas del conocimiento. Y, como creo haberlo demostrado, Miguel Donoso reúne ampliamente la condición indicada por nuestro presidente. Me parece que a este respecto no es ociosa una reflexión sobre el fenómeno producido en el ejercicio de la investigación histórica. Como es de sobra conocido, el desarrollo de la disciplina estuvo originalmente en nuestro medio en manos de aficionados. Y no cabía esperar otra cosa, al no existir estudios superiores formales de Humanidades, Lenguas Clásicas e Historia conducentes a un grado. Merced a la orientación intelectual de Andrés Bello y al impulso dado por la recién fundada Universidad de Chile, muchos jóvenes, no siempre dotados de los adecuados instrumentos, se empeñaron en alcanzar un buen conocimiento de nuestro pasado. Todos nuestro grandes historiadores del siglo XIX fueron, pues, lo que hoy se suele calificar, de manera un tanto despectiva, como aficionados. Lo eran, ciertamente, pero los impulsaba un profundo interés en saber lo que había sido este país, cómo habían sido sus orígenes, cómo había evolucionado su estructura política y social, cuáles eran las características de su religiosidad, cómo se impartían los saberes, cómo se había desarrollado su economía. El principal de nuestro historiadores, Diego Barros Arana, ni siquiera era abogado, pues interrumpió sus estudios de Derecho, bien oportunamente, por cierto. Benjamín Vicuña Mackenna, también con estudios incompletos de Derecho, siguió cursos de agricultura en Cirencester, en Inglaterra. Miguel Luis Amunátegui, tras concluir la enseñanza media, se inició como profesor en el mismo Instituto Nacional donde había estudiado. Ramón Sotomayor Valdés abandonó el Derecho para dedicarse al periodismo. José Toribio Medina, el infatigable historiador y polígrafo, era abogado y diplomático. El cuadro se repite en la primera mitad del siglo pasado, con nombres destacados que contribuyeron al desarrollo de la disciplina

y que, en general, tenían variadas actividades: abogados, sacerdotes, agricultores, arquitectos, médicos, ingenieros, diplomáticos, periodistas, profesores de enseñanza media. Pero ya hacia la década de 1930 algunas personas que habían estudiado en el Instituto Pedagógico tras el título de profesor de Estado de Historia y Geografía, tal vez poco satisfechas con los saberes a que habían tenido acceso, decidieron perfeccionar sus estudios en el extranjero, principalmente en universidades de Francia, de los Estados Unidos y, más adelante, de España, de Inglaterra y de Alemania. Y allí pudieron seguir estudios conducentes a grados académicos en Historia, inexistentes entonces en Chile. Fueron los casos de nuestro expresidente Eugenio Pereira, y de otros miembros ya fallecidos de esta Academia, como Ricardo Krebs, Héctor Herrera, Álvaro Jara y Gonzalo Izquierdo. Varios de los actuales miembros de nuestra Academia recorrieron décadas después ese mismo camino. Pero la creación en las universidades chilenas de departamentos e institutos de Historia, con el otorgamiento de los grados de licenciado y, más adelante, de doctor, constituyó un paso decisivo en la profesionalización del quehacer histórico. Tal proceso se ha reflejado en esta corporación, lo que ha significado que el número de los aficionados se ha reducido muy significativamente, y somos ya una suerte de reliquia. Esto, sin embargo, ha mostrado el peligro de hacer perder en parte la característica de apertura que ha tenido nuestra Academia, y que permite ver los procesos históricos desde otras perspectivas, y profundizar el análisis de ellos. La incorporación del profesor Donoso se inserta, por consiguiente, en una política que persigue la ampliación en nuestro seno del número de personas capaces de hacer aportes de interés a la historia, aun sin ser especialistas en ella. Cabe observar, en forma incidental, que Miguel Donoso no es el primer filólogo con que ha contado la Academia Chilena de la Historia. No puede olvidarse, en efecto, al doctor Rodolfo Oroz, quien destinó parte de su obra a investigar sobre Pedro de Oña, autor del cual anotó y editó *El Vasauro*, publicado en 1941; sobre el lenguaje de Pedro de Valdivia; acerca de los problemas lingüísticos en la evangelización de Chile; sobre el lenguaje de las cartas de Joaquín Prieto a Diego Portales o su útil trabajo sobre el vocabulario minero. Advertimos, pues, que en la elección del profesor Donoso hay un criterio de continuidad que contribuye al enriquecimiento de nuestra disciplina.

Solo me queda desear que la corporación a la cual ingresa hoy Miguel Donoso le ayude a descubrir nuevas áreas a las cuales pueda dirigir su ánimo de investigador y que, a la vez, esta Academia sepa aprovechar sus capacidades en favor de nuestro objetivo de hacer de la historia una disciplina siempre innovadora pero, sobre todo, honesta y rigurosa. A nombre de la Academia Chilena de la Historia me es especialmente grato dar la más cordial bienvenida a Miguel Donoso, nuestro nuevo miembro de número.

